

CAPITULO XXXI.

Donde verán nuestros lectores que los indios, á pesar de lo ligero de su traje tenían la manga ancha.



—¿Que quieres, hija mía? preguntó Caimara á Lianata.

La jóven india bajó los ojos al ver allí á su amante.

—Quibiam, dijo el anciano á su huésped, vuelve tranquilo á la morada de mi hijo y que tu dios te proteja.

Quibiam dirigió una mirada á Lianata.

Esta le dijo en otra suya:

—Obedece á mi padre que acaso tu obediencia redundará en nuestra felicidad.

Quibiam partió á reunirse con sus caciques, y con ellos volvió adonde le esperaba su noble amigo el soberano de Ornofay.

Lianata y Caimara quedaron solos.

—Bien venida seas, encanto de mi vida; ¿qué objeto te trae tan afanosa al modesto retiro de tu anciano padre?

—Siempre habeis sido bueno para mí, y no quiero ocultaros los secretos de mi corazón.

—¿Sufres?

—No, padre mio, soy muy dichosa. Desde hace algun tiempo todo ha cambiado para mí, y no hay alegría que no acaricie mi corazón.

—¿Por ventura has sentido el amor en tu pecho?

—Sí, padre mio, ¿para qué ocultároslo? Desde que he sen-

tido ese afecto dulcísimo en mi alma, hasta creo que es mayor el cariño que me inspira el noble anciano á quien debo el sér, añadió Lianata, acariciando con las suyas las callosas manos de su padre.

—¿Y en quién has puesto los ojos, hija mía?

—¿Podeis dudarlo un solo instante?

—¿Acaso es nuestro huésped? preguntó el anciano con temor y ansiedad.

—Vos lo habeis dicho. Desde el momento en que sus ojos se han fijado en los míos, ha despertado el amor en mi pecho, y desde entónces vivo en los brazos de la dicha.

—¿Pero él te ama?

—Sí, me lo ha repetido muchas veces, me lo ha jurado; dice que soy su vida, y que sin mí no hay para él felicidad en la tierra.

El anciano miró con tristeza á Lianata.

—No lo dudeis, añadió la jóven; poseido de una profunda tristeza, no hallando en sus dominios nada que atenuase la angustia de su pecho, abandonó su hogar, rompió los lazos que le ligaban con los séres más queridos de su corazón, se entregó á merced de las olas en endebles barcos, sin rumbo fijo, y los vientos le condujeron á nuestras playas. Al llegar, la tristeza se pintaba en su frente, sus ojos estaban apagados, la melancolía devoraba su espíritu; pero al verme ¡ah! padre mio, al verme una luz abrasadora iluminó sus ojos. Su frente quedó serena. . . . Mi presencia solo habia alejado para siempre las penas de su alma.

—¡Pobre hija mía! dijo Caimara.

—¿Acaso sentís el afecto que me une á él?

—No.

—Y sin embargo, no participais de mi dicha.

—Quibiam es incapaz de fingir un sentimiento. Cuando

te ha dicho que te ama, es porque siente el fuego del amor en su pecho. Pero Quibiam es rey de un país que se extiende muchas leguas á las orillas del mar. Ha querido defender á sus vasallos y engrandecerlos; pronto querrá volver á su patria, y tendrás que seguirle.

—Esos son sus deseos.

—¡Oh, hija mia! ¡Qué dolor para mí, si estando como estoy al borde de la tumba, tengo que separarme de lo que más amo en el mundo!

Lianata bajó los ojos y no pudo proferir una sola palabra.

Pronto reveló su rostro la tristeza que se apoderó de su alma.

Caimara lo adivinó, y acercándose á su hija:

—Cálmate, vida mia, cálmate, exclamó, no te exigiré el sacrificio de que renuncies á la felicidad por mí. Vé con él.... Sólo un favor te exijo.

—¿Cuál, padre mio?

—Tú naciste bajo la proteccion de la luna, reina de la noche. Prométeme no embarcarte ni partir de las costas de Ornofay mientras el astro de la noche no ilumine con sus rayos las plateadas ondas del mar, tengo miedo de que los malos génius, aprovechándose de las tinieblas, echen á pique la canoa y te conduzcan á través de los mares.

—Yo os ofrezco no surcar nunca las movibles olas sino alumbrada por la dulce claridad de mi buena protectora.

Caimara no habia tenido tiempo de decir á Quibiam que el tzimes le habia revelado que Lianata pereceria en el mar en una noche en que la luna iluminase el cielo.

Quibiam volvió al dia siguiente á ver á Caimara.

Entónces le reveló el amor que sentia hácia Lianata.

El anciano bendijo aquel afecto, y la jóven india fué la segunda esposa del rey de Veragoa.

La revelacion del anciano habia despertado en su alma un odio profundo hácia los extranjeros, porque atribuia á su influencia el fatal destino que aguardaba á Lianata.

La union de los dos esposos se celebró con grandes festejos, y como la luna se hallaba en su cuarto creciente, se dispuso que partieran á su patria, aprovechando la proteccion del astro de la noche.

Lianata se despidió de su padre y de su hermano.

El anciano estaba seguro de que la veia por última vez.

Las canoas de los caciques de Quibiam surcaron las olas.

Lianata, muellemente recostada sobre las hojas de palma que habian colocado en la canoa de Quibiam, iba á su lado, mientras que algunas indias pulsaban la maricuba y entonaban armoniosos arcos.

Las canoas abandonaron las playas de Ornofay.

Lianata reclinó su cabeza sobre los hombros de su amante.

La luna besaba con uno de sus rayos la frente de la jóven.

Las canoas avanzaban rápidamente.

Diez noches con sus dias duró el viaje.

Al divisar desde léjos los habitantes de Veragoa las canoas de su gran cacique, corrieron alborozados á la playa.

Empezaban á temer por su vida.

Su contento no tuvo límites al ver que volvia con el rostro sereno, con la satisfaccion en la mirada.

—Alégrate, Irayba, dijeron á la esposa de Quibiam, nuestro rey torna; cánticos de alegría resuenan á lo léjos; corramos á recibirle, que vea que aún existe en nosotros el amor que le profesábamos.

Irayba cogió de la mano á sus dos hijos y partió con ellos á la playa.

Al llegar vió á su esposo, y en sus brazos á Lianata.

Si una flecha hubiera atravesado su corazon, no habria experimentado un dolor más agudo.

Los viajeros desembarcaron. Irayba, esposa mia, madre de mis hijos, dijo á la reina, recibe á Lianata como una hermana. Ella ha alejado la tristeza de mi alma; ella ha convertido en un eden los días de mi vida que he pasado léjos de tí; ella compartirá contigo el amor de mi alma.

Una amarga sonrisa brilló en los labios de Irayba.

Los celos devoraban su corazon.

Sin embargo, debia obediencia á su esposo, y estrechó en sus brazos á su rival.

A partir de aquel instante, sólo un sentimiento dominaba á Irayba: el de la venganza.

CAPITULO XXXII.

La mujer y la madre.



RAYBA reconcentró todo su amor en sus hijos.

La amarga sonrisa que brilló en sus labios al saber que no era suyo todo el amor de Quibiam, fué en lo sucesivo la máscara con que cubrió la indignacion que se habia apoderado de ella.

Aunque Lianata la buscaba y hacia todo lo posible para no robarla el afecto de Quibiam, Irayba huía de ella.

Temia que la bondad de la jóven india llegase á subyugarla.

Entre las dos se estableció, aparentemente en Irayba, y con sinceridad en Lianata, una lucha que tenia por objeto hacer una por otra los mayores sacrificios.

Irayba elogiaba ante Quibiam la belleza de Lianata.

Lianata ponderaba á su esposo las nobles prendas de Irayba.

No por eso abandonaba la madre de los hijos de Quibiam sus propósitos de vengarse de la rival que le habia arrebatado la posesion completa del amor de su esposo.

Al poco tiempo de la llegada de Quibiam, los caribes de la isla de Boriquen, informados de que habia abandonado sus dominios, habian salido en crecido número de su isla dispuestos á caer sobre Veragoa, á saquear á sus habitantes y á llevarlos esclavos en su compañía.

Las ligeras canoas de los caribes se divisaron á lo léjos, y Quibiam no tardó en saber sus intentos.

Abandonando las delicias del amor para cumplir los deberes de la guerra, reunió á sus vasallos en la costa, se despidió de su esposa y de sus hijos, y partió á luchar.

Los caciques desembarcaron.

No tardó en trabarse una gran batalla.

Los indios de Veragoa quedaron vencedores; pero Quibiam sufrió una herida con una flecha envenenada.

Conducido á la choza de uno de sus vasallos, fué asistido en ella; pero tardó muchos dias en volver á palacio.

Al llegar, Irayba y Lianata se amaban más que si fueran hermanas.

Una circunstancia habia apagado el odio en el corazon de Irayba.

Apénas partió Quibiam á la guerra, Irayba buscó á un indio, antiguo servidor de su padre y gran conocedor de las yerbas venenosas.

Le confesó sus penas, y le pidió un veneno que no dejase huella alguna.

El indio exigió algunos dias para fabricarle, y le indicó el sitio en donde podia hallarle, y el dia y la hora en que estaria dispuesto el veneno.

Ebria de gozo, corrió Irayba al sitio designado.

Su propósito era dar al dia siguiente en un manjar el tóxico á Lianata.

Dejó á sus hijos en la hamaca, en una choza formada por hojas secas de palma, unida á los troncos de dos árboles.

El cielo estaba oscuro.

Negras nubes se amontonaban sobre el palacio de Quibiam.

Al poco rato de abandonar su morada Irayba, estalló la tormenta.

El sonido del trueno retumbaba en el espacio.

Los relámpagos rasgaban de cuando en cuando el negro

velo de la tempestad, y el ígneo rayo se desprendia del seno de las nubes.

Una exhalacion cayó en uno de los árboles en donde estaba suspendida la hamaca de los hijos de Quibiam.

Las hojas de palma se incendiaron, y los pobres niños hubieran perecido si Lianata, comprendiendo el peligro á que estaban expuestos, no se hubiera arrojado á las llamas á sacarlos de la hamaca y á conducirlos salvos á las cavernas que constituian el palacio de Quibiam.

La tempestad pasó, y cuando Irayba tornaba ébria de gozo, porque ya poseia el remedio de su mal, y supo el acto heroico que habia llevado á cabo Lianata, la madre dominó á la mujer.

Antes de penetrar en su morada se acercó á las orillas del rio Tebra, y arrojó el veneno al fondo de las aguas.

Corriendo despues á donde estaban sus hijos y Lianata, estrechó á aquellos en sus brazos, y cayendo á los piés de aquella mujer heroica:

—Desde hoy soy tu eselava; te debo la felicidad. Deseaba tu muerte; ahora quiero tu vida.

Tal fué la causa del lazo que estrechó sus dos almas.

Restablecido Quibiam buscó reposo en las delicias del amor y trascurrieron algunos años, en los cuales Irayba y Lianata vivian dichosas á su lado, sin que nada amenguase el cariño que las dos se profesaban.

Un emisario llegó un dia.

—Quibiam, dijo al rey de Veragoa, el anciano Caimara, padre de nuestro rey, está enfermo. El sepulcro se abre á sus piés; sus cien caciques no se separan de su lado y aguardan á que muera para bajar con él á la tumba: tal vez la presencia de su hija Lianata podrá reanimarle.

Cuando llegó el emisario empezaba á anochecer.

Quibiam miró al cielo.

La luna despedía una dulcísima claridad.

—Lianata, tu padre quiere verte.

—Yo también deseo cerrar sus ojos y recibir su bendición.

Inmediatamente llamó Quibiam á Unima, el más valiente de sus marinos, que era además cacique de Guaniguanito.

Al día siguiente llegó el guerrero, y Quibiam mandó disponer sus canoas para que partiese Lianata á Ornofay acompañada por Unima.

—Te entrego mi más preciado tesoro, dijo Quibiam al cacique de Guaniguanito. Devuélvemele pronto, porque se lleva mi alegría.

Lianata estrechó en sus brazos á Irayba, acarició á los hijos de Quibiam y se despidió del rey.

No bien había partido, la tristeza se apoderó de nuevo del corazón del rey de Veragoa.

Todo cuanto hizo Irayba para consolar su aflicción, fué inútil.

Acaso presentía las amarguras que debía sufrir el resto de su vida.

CAPITULO XXXIII.

Odio á muerte.



RASCURRIERON seis lunas, y Lianata no tornó.

Todos los días bajaba Quibiam desde la altura de Veragoa á la playa con la esperanza de ver llegar los esquifes que habían de devolverle á su amada.

La playa permanecía desierta.

Las olas se agitaban en el mar, pero no ímpelian á embarcación alguna.

Su murmullo al romperse en la arena aumentaba la melancolía de Quibiam.

¿Qué podía haber pasado?

Unima, su fiel Unima, tampoco había vuelto.

Desesperado, envió emisarios á Ornofay para que averiguasen el paradero de Lianata y de su servidor.

Tres lunas más pasaron, y al fin volvieron de Ornofay los vasallos de Quibiam.

El desaliento se pintaba en su rostro.

El rey de Veragoa, apenas tuvo noticia de la llegada de las embarcaciones, corrió á la playa para saber noticias de su amada.

En Ornofay había la misma ansiedad que en Veragoa.

En vano habían esperado á Lianata.

Su anciano padre, que se había reanimado ante la esperanza de volver á verla, había sucumbido al tener que renunciar á estrechar á su hija en sus brazos.

—Sin duda los caribes la han apresado, dijeron á Quibiam sus servidores.

Esta idea incendió el ánimo de Quibiam.

—Pronto, mis armas, dijo; que mis caciques se apresten al combate; lanzad al mar todas las canoas de mis dominios, y recorramos una por una las islas caribes hasta encontrar á mi adorada Lianata y á mi valiente caudillo Unima.

Irayba misma animó á su esposo para que emprendiera aquella expedicion, porque participaba de su pena al ver la desesperacion que inundaba su alma.

Tres dias y tres noches emplearon los vasallos de Quibiam en hacer los preparativos para el combate.

Las canoas surcaban ya las ondas.

Los indios aflaban sus flechas, y las envenenaban con el jugo del guano y del manzanillo.

Quibiam se despidió de Irayba y estrechó en sus brazos á sus hijos.

De pronto llegó á oídos del rey la noticia de que á lo léjos se descubria una canoa.

Corrió á la playa, y á medida que fué acercándose el esquife se aumentó su ansiedad.

Llegaron á sus oídos los gritos del que movia el remo.

Era el acento de Unima.

Poco despues llegó la canoa á la playa, y el valiente guerrero saltó á tierra.

—Unima, Unima, exclamó Quibiam, ¿qué infortunio me anuncia tu llegada?

—Grandes desgracias han ocurrido, respondió el cacique de Guauiguanito.

Quibiam y Unima subieron á la cumbre de Veragoa, y en presencia de Irayba refirió Unima lo que habia pasado.

—Ante todo, preguntó Quibiam, ¿vive Lianata?

—Vive, pero más le valiera haber muerto.

—Habla, habla.

—Apénas abandonó la costa de Veragoa, estalló una tormenta, y el vendaval empujó las endebles barcas, que eran desconocidas para nosotros. Vogamos sin secar, y cuando des apareció el peligro, más de veinte canoas, con los que las tripulaban, habian perecido. Buscamos derrotero para Ornofay, y los dias pasaban, y no hallábamos ni un solo indicio que nos indicase el rumbo cierto que debíamos seguir. La luna nos abandonaba. Las noches empezaban á ser oscuras.

Una mañana vimos de pronto, en medio de los mares, cuatro mónstruos que nos horrorizaron.

A medida que fueron acercándose hácia nosotros, vimos que eran grandes canoas, en las que iban hombres de otra raza, cubiertos con trajes relucientes.

El deseo de verlos más de cerca nos perdió.

Arrojaron al mar unas barcas pequeñas, y saltaron á ellas muchos hombres, que corrieron á nuestro encuentro.

Iban con ellos algunos indios, cuyo lenguaje no entendimos.

La mayor parte de los caciques que me acompañaban, huyeron amedrentados al ver á aquellos hombres.

Una de las embarcaciones disparó un trueno, y el rayo taladró una canoa, echando á pique á los que la tripulaban.

Lianata se desmayó en mis brazos.

Yo no sabia qué partido tomar, cuando me ví rodeado por aquellos hombres, que sujetando con las suyas mi canoa, se lanzaron sobre mí y me ataron los piés y las manos con pesadas cadenas.

Mis caciques huyeron, pereciendo en la fuga la mayor parte de ellos.

Otros fueron aprisionados como yo, y con Lianata y conmigo conducidos á bordo de una de las grandes canoas.

Desde allí nos llevaron á las costas de Haiti, y allí vimos

á otros hombres como los que nos aprisionaban, que se habían apoderado de la isla, habían esclavizado á sus habitantes y los mandaban como reyes y señores.

Quibiam escuchaba con indignación aquel relato.

—Prosigue, prosigue, dijo ardiendo en ira.

—Los de Haití pretendían que eran hijos del cielo y que habían venido á castigar nuestros pecados. El cacique de los extranjeros que nos aprisionó se llamaba Ojeda.

Era un hombre valiente.

Los indios contaban mil proezas de él.

Caonabo, el temible Caonabo, había sido sujetado por su audacia y conducido á otro país con cadenas como las mías, y en una embarcación como la que nos había llevado á aquellas tierras.

Lianata sufría horriblemente.

Pensaba en su padre moribundo, en su esposo Quibiam, y no cesaban sus ojos de derramar ardientes lágrimas.

Nos condujeron á una ciudad que los blancos llamaban Santo Domingo; allí nos encarcelaron, y unos butios, con largos trajes, entraron en nuestra prisión para hablarnos de su Dios, de su religión, y obligarnos á abandonar la nuestra.

«Prefiero la muerte, les dije, antes que abjurar de la religión de mis padres.»

Pero uno de ellos logró apoderarse del corazón de Lianata; le habló de otra vida, en la que gozaría eternamente del cariño de su padre, del amor de su esposo, le mostró una imagen, y consiguió que profesara la religión de aquellos hombres.

Más sufría yo al saber la debilidad de Lianata que al sentir las heridas que las cadenas hacían en mis pies y en mis manos.

Lianata misma vino á mi calabozo, me habló de los con-

suelos de la nueva religión que profesaba, me pidió que la abrazase y me aseguro que muy en breve nos pondrían en libertad para que viniéramos á nuestra patria á propagar aquella doctrina.

—«Desgraciada, la dije, más te valiera haber perecido en el abismo del mar. Quibiam te rechazará en cuanto sepa que has olvidado el culto que debemos al gran Hiloc.»

—«No, no, dijo; Quibiam será feliz como yo cuando vuelva á verme y despierte en su alma la fe que la religión de nuestros opresores ha despertado en la mía.»

Pasó algún tiempo y un día nos sacaron de la prisión para conducirnos á un navío.

—«¿Dónde nos llevan? pregunté á un indio.»

—«Al país de los blancos, nos contestó.»

—«Antes la muerte que abandonar las playas de mi patria.»

Lianata y yo llegamos a bordo.

Los blancos rompieron mis ligaduras.

Aprovechando la oscuridad de la noche me lancé al mar, y nadando, después de muchos días de luchar con la muerte, llegué al golfo de Páris.

En la orilla ví una canoa, y apoderándome de ella, surqué día y noche los mares, sufriendo hambre y sed devoradora para llegar á comunicarte nuestro infortunio.

Lianata, catequizada por los blancos, ha partido con ellos, alejándose acaso para siempre de nuestras playas.

Llora, Quibiam, llora y júrame exterminar á nuestros infames opresores, si alguna vez llegan con sus navíos á las costas de nuestra patria.

Quibiam cayó en un profundo abatimiento.

Nada bastaba á consolarle.

Sediento de venganza, y preparado para combatir, salió

en las canoas á destruir á los caribes y resuelto á llegar á las costas de Haití para vengar á Lianata, destruyendo también á los opresores de aquella isla, hácia los que sentía un odio profundo.

Vencedor de los caribes, fué arrojado por las tempestades al golfo de Pária, y para reforzar su ejército volvió á Veragoa, resuelto á salir de nuevo á realizar sus planes.

Pasó algun tiempo, y un dia le comunicaron una noticia que hizo asomar á sus labios una feroz sonrisa.

Acababan de anunciarle que los blancos, en canoas de grandes dimensiones, se acercaban á sus dominios.

El leon se volvió tigre.

—Son fuertes, son poderosos, se dijo; yo les haré creer en mi amistad, y cuando más confiados estén, les arrancaré las entrañas.

Por eso se mostraban los indios muy afables con Colon y los que le acompañaban, y no vacilaban en ofrecerle las ricas láminas de oro que producian las minas de aquel país.

Quibiam desde la cumbre de Veragoa, divisaba á lo léjos las embarcaciones, acechándolas como el águila á su presa.

Pero las grandes canoas desaparecieron de sus estados, por que Colon, como recuerdan mis lectores, buscaba á toda costa el soñado estrecho.

Su inesperada marcha le desalentó.

La venganza se le escapaba de las manos.

Pero no trascurrió mucho tiempo sin que volviera á saberla de nuevo.

Los españoles tornaron y se detuvieron en la costa de Veragoa, resueltos á conquistar aquel país y á explorar sus minas.

Quibiam los esperaba.

Pero queria inspirarles confianza para dar el golpe sobre seguro.

Tal era la actitud del rey de Veragoa cuando llegaron á sus dominios los españoles.

¡Cuán ajenos estaban de que la tempestad se cernia sobre su cabeza!

CAPITULO XXXIV.

Un leon que se convierte en tigre.



Los lectores recuerdan que al perderse las embarcaciones en que debían ir á España Bobadilla, Roldan y los rebeldes, conduciendo las grandes riquezas que el sucesor inícuo de Colon habia atesorado en Santo Domingo, algunos de los indios que se llevaban á España pudieron librarse de la muerte, llegando á nado hasta el paraje que habia buscado para abrigo de su buque el ilustre Colon.

Entre los indios habia una jóven hermosa, que llamó la atención del almirante porque pronunció algunas palabras en castellano, y sobre todo las oraciones con que se rinde culto al supremo Hacedor, á Jesucristo y á su Santa Madre.

Aquella jóven, de quien hasta ahora no hemos hablado, era Lianata.

Al llegar á la costa de Veragoa intentó lanzarse al mar; lo cual, avisado á Colon por algunos marineros, fué causa de que la encadenasen al palo mayor en el sollado del buque.

Esto le afligió tanto que cayó enferma, y aunque á bordo se la prodigaron los mayores cuidados, la honda pena que llenaba su alma la puso en un estado lamentable.

Ni hablaba ni lloraba.

Parecia que su inteligencia habia desaparecido y que se habia vuelto idiota.

Abandonésmola para ver las disposiciones que tomó Colon al llegar á Veragoa.

Por de pronto envió dos botes á la orilla con el intérprete indio, y los naturales del país, aleccionados por Quibiam, los recibieron con las mayores muestras de simpatía.

Los marineros tornaron asegurando al almirante que los indios les habian dicho que habia mucho oro en el país, pero que las minas se hallaban en el interior.

Dos dias despues, el adelantado se dirigió á la costa, y con bastantes soldados, todos perfectamente armados, por medio de uno de los indios avisó á Quibiam que deseaba verle.

Quibiam salió al encuentro de Bartolomé Colon, rodeado de todos sus caciques, cubriendo con la máscara de la amistad el rencor profundo que sentia hácia aquellos hombres.

Se acercó á Colon y le abrazó, ofreciéndole los adornos de oro que llevaba, recibiendo en cambio varios dijes que le dió el adelantado.

Bartolomé invitó á Quibiam á pasar á visitar los buques, anunciándole que el almirante tenia mucho gusto en verle.

Quibiam, deseoso de medir las fuerzas de sus enemigos, accedió á aquella súplica, y ofreció al dia siguiente visitar las embarcaciones.

Así lo hizo, y en aquella entrevista engañó por completo á los españoles.

Les aseguró que podian recorrer en todas direcciones sus dominios, aprovechar el oro que encontraran, pedir á todos provisiones, vivir como en sus propias casas, contando siempre con la seguridad de su afecto.

Estas palabras, traducidas por el intérprete, produjeron en ellos una satisfaccion inmensa.

Encontrar un tesoro y apoderarse de él sin necesidad de luchar, era una fortuna que ni aun en sus sueños se habia prometido.

Como al mismo tiempo el río donde habían entrado, y en donde estaban anclados los buques, era un paraje muy abrigado, resolvieron permanecer allí mucho tiempo, y resuelto Bartolomé Colon á explorar el país, salió con sesenta y ocho hombres bien armados á recorrerle y examinar sus minas.

Quibiam supo su resolución, y como el adelantado se dirigia á la morada del gran cacique, éste salió al encuentro con muchos de sus vasallos, pero sin armas para inspirar confianza á los españoles.

Apénas se encontraron uno de los indios sacó del río una gran piedra y le ofreció á Quibiam, el cual se sentó en ella, y mandó sacar otra para el adelantado.

Era una gran muestra de cortesía.

Quibiam no hacia más que mirar á aquel hombre corpulento, y cuanto más le examinaba, más formidable le parecia y más acariciaba la idea de emplear la astucia con aquellos hombres, para quienes la fuerza seria inútil.

El adelantado le pidió de nuevo permiso para recorrer sus dominios, y Quibiam accedió á sus deseos, dándole tres guías para que le condujeran á las minas.

Dejó el adelantado ocho hombres para que guardasen los botes, y salió á pié con los demas, precedido de los guías.

Quibiam los miró partir con sonrisa de triunfo.

—Van á su perdición, dijo á Irayba.

Los españoles durmieron la primera noche en la orilla de un río que surcaba una inmensa vega, y al día siguiente llegaron á unos bosques muy espesos, en donde les dijeron los guías que se hallaban las minas.

La tierra estaba llena de oro.

Hasta en las ramas de los árboles hallaban aquel precioso metal, y sin gran trabajo pudieron los soldados de Bartolomé recoger cada cual una crecida cantidad de oro.

Desde allí condujeron los guías á los extranjeros á la cima de una elevada montaña, y mostrándoles una vasta extensión de tierra, les aseguraron que en toda ella abundaba el precioso metal.

Los guías los habían engañado.

Por orden de Quibiam los habían conducido al territorio de un cacique vecino suyo, con quien estaban siempre en guerra, pensando que su enemigo lucharía con los extranjeros y le ayudaría á exterminarlos.

Mientras tanto, pensaba el rey de Veragoa tender otra emboscada á los que habían quedado en las embarcaciones para acabar con todos.

No salió, sin embargo, su plan á medida de su deseo.

El cacique de quien esperaba concurso buscó la alianza de los españoles contra él, les indicó dónde estaban las minas que producían más oro y les señaló el camino por donde podrían llegar en breve tiempo al sitio en que habían dejado los botes.

El adelantado logró de esta manera evitar el peligro, y al reunirse con sus hermanos resolvió pedir una satisfacción á Quibiam. Este, para no dar á conocer su juego, no tuvo más remedio que castigar delante de los españoles á los tres guías, asegurándoles que habían sido malvados y torpes.

Satisfaciéronse los españoles con esta prueba de lealtad, y el adelantado prosiguió explorando el país por la costa con cincuenta y nueve hombres, llevando además catorce en un bote que seguía por el mar su mismo camino.

Todos los caciques inferiores le recibían con las mayores muestras de amistad.

A los pocos días volvió con grandes cantidades de oro y las mejores noticias de la riqueza y feracidad del terreno.

En vista de esto, resolvió el almirante establecer una colonia en Veragoa y apoderarse del país.

La tormenta comprimida iba á estallar en breve.